

Sviatopolk-Mirski en México

Tatiana Bubnova

Dimitri Sviatopolk-Mirski, *Algunas observaciones sobre Tolstoi*, México, Breve Fondo Editorial, 1998.

Lo que llamamos confiadamente la historia, suponiéndole, ingenuamente, una realidad “objetiva”, a la postre no viene a ser sino resultado de una mirada que acomoda los “hechos” en un horizonte de sentido. Ojalá y pueda situar en este horizonte finisecular al literato ruso cuyos ensayos aparecen ahora en español. ¿Qué puede significar, para un lector mexicano, la obra de un crítico literario remoto, de nombre difícil —viene de la Edad Media, y es contradictorio en la semántica de sus dos partes: Sviatopolk es algo así como “guerra santa”, y “Mirski” viene de “paz”, si no, de “mundo”—, que nada dice al oído acostumbrado al habla hispana? ¿Qué puede importar un príncipe ruso blanco, un militar emigrado posrevolucionario, convertido en literato en el exilio, que de pronto quiso regresar a su patria, que lo engañó, haciéndolo desaparecer en las infernales entrañas de los campos de trabajo estalinianos?

La historia contiene pasadizos secretos, vasos comunicantes ocultos que relacionan los hechos aparentemente dispares, posibilitando una lectura coherente que les contribuye un sentido, que permite una lectura. Nuestra visión de ahora es a su modo privilegiada, porque mirando hacia el pasado de Sviatopolk-Mirski podemos ver al mismo tiempo varias etapas, cotejar varios resultados históricos, y comprobar la validez y la razón históri-

ca de las opiniones de aquellos que se han ido antes. Así, a través de los escritos de Sviatopolk-Mirski logramos echar un vistazo tempranero —desde la década de los veinte— sobre el trabajo de un gran artista ruso que sí dejó una huella notable en la vida cultural de México: el cineasta Sergio Eisenstein, cuyo valor Mirski supo reconocer desde el aislamiento del exilio, antes todavía de la odisea mexicana de Eisenstein.

En el volumen que reúne una serie de artículos críticos de D. P. Sviatopolk-Mirski (1890-1937) figuran algunos de los nombres máximos de la literatura rusa: Pushkin, Chéjov y Tolstoi entre los clásicos; Mandelstam, Bábel y Tsvetáieva, entre los más importantes de este siglo. Sviatopolk-Mirski es el autor de una *Historia de la literatura rusa* en inglés que ha conservado su validez incluso setenta años después de haber sido escrita, y que es —dicen— de las más legibles. Y algunas páginas de la historia literaria rusa sí necesitan de un poder de persuasión considerable, porque no todo se traduce fácilmente de una lengua a otra. Es el caso de Pushkin, por ejemplo.

Hay una gran diferencia entre escribir sobre la cultura patria desde su mismo interior, entablando el diálogo directo con coetáneos y antepasados, y tener que explicarla a otros, a aquellos que no tienen obligación alguna de saber nada de la gran literatura rusa, a quienes hay que explicarlo todo “desde el principio” y, además, ser convincente. Nabokov sentía claramente la diferencia entre hablar de sí mismo, de su propia vida, en inglés (en *Speak,*

memory) y en ruso. Dice que se vio en la necesidad de cambiar toda una serie de enfoques e incluso agregar o suprimir hechos y episodios, de acuerdo con el destinatario a quien se dirigía, cuando se trató de traducir sus memorias, escritas inicialmente en inglés, a su lengua materna; se trata de un problema mucho más allá de la mera traducción del texto: hay que traducir la visión y el pensamiento también, para volverlos “legibles” desde una perspectiva cultural distinta.

Pues Sviatopolk-Mirski tiene el mérito de haber explicado a nuestro gran Pushkin, a nuestro bienamado Pushkin —quien, por cierto, en junio de 1999 cumple ya doscientos años de vida—, intraducible y críptico a veces, o bien simple y poco original para aquellos a quienes la del ruso es una música ajena, y que se ven obligados a leerlo en traducción: los lectores extranjeros no especializados. Sviatopolk-Mirski lo consigue sin recurrir a las citas, que en traducción empobrecerían irremediablemente la incomparable melodía versal de Pushkin, accesible en lengua natal a los niños de pecho, así como lo son a los adultos la sutileza y la rectitud del concepto, la sorprendente capacidad de hacer poesía evitando los recursos principales que se consideran tradicionalmente como la esencia misma de la poesía: los tropos. El crítico logra con éxito el propósito de dar una idea de la grandeza de Pushkin sin apoyarse en el medio mismo que lo hace grande, y original, y único: la lengua; lo mejor es que la visión de Sviatopolk-Mirski sigue siendo válida hoy en día.

Más allá de los logros profesionales de Sviatopolk-Mirski, su vida misma es un caso digno de retomarse, en más de un sentido. Su figura histórica justifica el interés que puede suscitar la obra. Se trata de un personaje fuera de lo común. Descendiente de una familia aristocrática, el príncipe Dmitri Petróvich Sviatopolk-Mirski, hijo de un alto funcionario y político liberal ruso, tuvo una infancia análoga a la de su coetáneo y paisano bastante más conocido en Occidente, V. Nabokov: ambos venían de un medio refinado, culto, privilegiado, sus padres fueron igualmente políticos liberales de alto vuelo que contaban con remediar los males del régimen zarista mediante reformas. Oficial de ejército zarista y poeta, participante en la Primera Guerra Mundial, con el inicio de la gran revolución Mirski queda "naturalmente" en las filas del ejército blanco. Al final de la guerra civil, después de la última derrota del general Denikin y con la extinción de las últimas expectativas de la causa blanca, se ve obligado a emigrar, empezando por Grecia su *via crucis* de desterrado y acabando en Inglaterra, donde se convierte en profesor de letras rusas en la London School of Slavonic Studies, así, como en historiador y crítico literario, hecho que corrobora lo esmerado de su educación y formación rusa, más allá de su origen principesco y oficio militar. No olvidemos que éste es un destino relativamente típico para los casos afortunados del exilio cultural ruso: Nabokov pasa a principios de los años veinte por Cambridge; el hermano del gran pensador M. Bajtín, Nikolai Bajtín, amigo del filósofo L. Wittgenstein, termina siendo creador del departamento de Letras Clásicas de la Universidad de Birmingham. En algo más coincide el destino de Sviatopolk-Mirski con el de N. Bajtín: ambos

empiezan como paladines de la causa blanca, ambos terminan siendo miembros del Partido Comunista Británico. Sólo que Bajtín muere siendo profesor de la universidad de Birmingham, tal vez reflexionando en la tragedia y la angustia del aislamiento cultural, mientras que el destino de Mirski es trágico en un sentido más directo, con todas las contradicciones que demanda la esencia de una verdadera tragedia.

En 1926 publica su famosa *Historia de la literatura rusa* en inglés, escribe artículos sobre la literatura rusa (en el exilio) y soviética contemporánea. Como hemos visto, su trayectoria refleja un paulatino deslizamiento de derecha a izquierda, de modo que ya hacia fines de los veinte empieza a pensar en el regreso a la patria. En 1932, el plan se hace realidad: el príncipe Sviatopolk-Mirski se convierte en un escritor (crítico literario) soviético. En 1934, año de la muerte de Gorki y del primer congreso de escritores, la literatura soviética estrena la de larga memoria Unión de Escritores Soviéticos. En 1935, su participación activa en la "lucha literaria" soviética le vale a Mirski su primer arresto. Liberado esa vez, no logra evitar, en cambio, la redada general lanzada sobre los "enemigos del pueblo" en 1937, año en que desaparece para siempre en una de las islas del famoso "archipiélago Gulag" (ver Solzhenitsyn).

Antonio Saborit, autor del prólogo al libro de artículos de Mirski, alude a una serie de coincidencias que vinculan a Mirski con Eisenshtein: entre ellas, el lugar de nacimiento, Riga. Su encuentro en Londres, en la época de los veinte, pudo haber influido en la decisión del príncipe de regresar a la patria y de integrarse a la nueva sociedad. El poder de convencimiento de Eisenshtein puede comprobarlo cualquiera viendo sus películas: por algo cier-

tas tomas de sus obras se utilizan a modo de vistas testimoniales en los documentales sobre la gran revolución: de hecho ingresaron a título de testimonio en el discurso "histórico" que la URSS hacía de sí misma. Sus escritos teóricos, que muestran claramente qué finalidad buscaba Eisenstein mediante los efectos de su trabajo técnico, son ahora accesibles al lector común: Eisenstein buscaba un adiestramiento ideológico a través de la catarsis artística y una fe política bajo los efectos del arte. Era un genio con sus ribetes de aprendiz de mago: los efectos de su vitalidad eran totalmente imprevisibles, como se puede observar desde nuestro puesto de observación. Sobreviviente de todas las purgas estalinistas, le tocó una muerte "normal", si bien prematura, mientras tenía que observar cómo desaparecían a su alrededor todos aquellos a quienes su encanto contradictorio abarcaba. Tal vez, Mirski estuviese entre aquellos amigos del gran cineasta que iban perdiéndose de un día para otro, con una acusación siniestra de haber participado en algún complot anti-soviético. Jamás regresaban.

Es un destino bastante común para aquellos que volvían del exilio, aunque no fuera necesariamente inevitable para todos. Depende de la capacidad de supervivencia, de cualidades personales y, desgraciadamente, del azar o, si se quiere, el "hado". Como ejemplo se puede evocar el trágico destino de Marina Tsvetáieva, autora presente en el horizonte crítico de Mirski. Marina, a pesar de continuar en el exilio muy a la derecha en sus opiniones políticas (a diferencia de Mirski), regresa en 1938 a la URSS siguiendo, a pesar suyo, los pasos de su muy izquierdista marido S. Efrón (de trayectoria muy parecida a la de Mirski: de derecha a izquierda, pero sin ser literato), y a la hija

mayor, que insisten en integrarse a la vida nacional y a la construcción del socialismo. Reunida la familia ya en la patria, Sergio y Ariadna Efrón —marido e hija de M. Tsvetáieva— son arrestados casi inmediatamente. Marina, que se suicida en 1941, jamás se enteraría de que su marido fue fusilado ya en 1938, que la hija pasaría 20 años en los campos de concentración, y que su hijo menor moriría, como tantos soldados rusos, en la guerra. Se trata de una de las poetisas más grandes del siglo XX en lengua rusa (consúltese a Joseph Brodsky).

Regresa Alexei Tolstoi, regresa A. Kuprín, entre otros. En cambio, jamás regresa Iván Bunin, uno de los mejores narradores del siglo, premio Nobel de literatura de 1933, permaneciendo firme en sus posiciones de rechazo en la revolución, aislado, solo, sin enterarse jamás de cuántos lectores tendría en su patria después de morir. Porque en el lugar de Bunin vivo, nos habían regresado sus libros, y la popularidad de su obra de la Unión Soviética es un capítulo aparte. La trágica desbandada de la cultura rusa provocada por la revolución no encontró solución en los eventuales regresos ni en obstinadas fidelidades. Algunos regresaron y, como el “camarada príncipe”, hallaron un destino de decepción y traición. Otros, volvieron y languidieron sin integrarse, hasta una muerte natural. Otros se integraron y se convirtieron en escritores soviéticos de primera fila, como A. Tolstoi. Otros fundaron escuelas científicas en el “otro lado”, como el lingüista Román Jakobson. Otros, como Nabokov, nacidos para la cultura rusa en el aislamiento del exilio, tuvieron el acierto de una ruptura radical; al cambiar de lengua y de cultura, perdieron el vínculo con el lector y la lengua rusa (me refiero, por ejemplo, a la traducción al ruso, realizada por el

hijo de Nabokov, de *Lolita*, que muestra el rezago lingüístico respecto del ruso contemporáneo), pero conservaron a Rusia como substrato obsesivo e inextinguible de toda su obra.

Dentro de la cultura rusa soviética, Sviatopolk-Mirski quedó borrado, hasta la última década de este siglo, de los registros oficiales de la literatura rusa. Lo mencionan las fuentes de Samizdat (“autoediciones” realizadas a golpe de máquina de escribir y por otros medios accesibles extraoficialmente) y las memorias, que eran de difusión clandestina todavía hace poco, de la gente que tuvo contacto con el crítico y su obra, sea en Europa, sea en la Unión Soviética. En los últimos años su nombre ha regresado, con todo un ejército de las víctimas del estalinismo injustamente relegadas de la historia. Pero el paso de Sviatopolk-Mirski fuera de las fronteras patrias no fue olvidado. Conocía personalmente, y supo reconocer anticipadamente, a T. S. Eliot. Fue el primer antologista, en ruso, de la poesía de W. H. Auden. Identificado por los intelectuales europeos (Leonard Woolf) con personajes de Dostoievski, nadie parece haber reconocido en su premonitorio pesimismo el haber perdido la raíz existencial, la razón de vivir, que sin duda fue la causa de que las buscara recuperar emprendiendo el camino de regreso.

Es notable que ya en los años veinte su gusto e intuición literaria le permiten reconocer en los jóvenes Tsvetáieva, Pasternak, Mandelstam y Ajmátova a los poetas de primer orden e incluso de plana mayor del siglo XX de la poesía rusa, lugar que les ha sido restituido apenas hace poco. Muchas de las obras maestras que los afirmarían como poetas las escriben después de los tempranos trabajos de Mirski, que de esta manera se convierte en

una especie de precursor de la futura gloria de estos cuatro.

Antonio Saborit compara el regreso de Mirski a la Unión Soviética con aquel episodio de duelo cancelado entre dos poetas rusos, Ryleev y Pushkin, cancelado por motivos supuestamente del todo caballerosos. Hemos de entender que la confianza que Sviatopolk-Mirski muestra en su regreso a Rusia era de esa misma índole. Confianza, es cierto, absolutamente anacrónica en las relaciones con el nuevo orden ideológico, en particular con la gente de la Unión de Escritores, que entregaba al “brazo seglar” de la policía política a los condenados “espiritualmente” por los “ingenieros de las almas humanas” que dicha Unión cultivaba. Una “senda de ahorcado”, como la de Ryleev en su aldea Batovo, resulta, de esta manera, el camino de regreso trazado hacia un país cuyo nombre, conservando cierta fonación original de Rusia, ya no lo era sino la URSS. Nombre parecido, pero jamás el mismo, sino algo esencialmente opuesto. De este modo, su movimiento, desde los salones literarios de París e Inglaterra (los Woolf) hacia la potencia asesina de la Unión de Escritores Soviéticos, de Edmund Wilson a Aleksandr Fadeev, se convierte en otra “senda del ahorcado”.

Y sin embargo, se me figura que Mirski jamás se arrepentiría de haber regresado. El regreso no sólo era síntoma de no poder vivir en el aire enrarecido de la emigración rusa, entre la cual los amigos europeos lo distinguían sólo según el cliché de personaje dostoiévskiano, y al cual me permito poner en duda, porque no marca sino una percepción peculiar que los europeos suelen tener del “alma rusa”. La imposibilidad de vivir fuera del ámbito natal está testimoniada en las palabras de Marina Tsvetáieva poco

tiempo antes del suicidio en las lejanas regiones tártaras, en Elábuga: "Qué bien ha sido el haber regresado." En esta manera de elegir el destino se adivina la actitud orgullosa de Ajmátova, que se negó a emigrar en los años veinte: "No estoy con aquellos que dejaron a la patria al despojo de los enemigos." Esta misma actitud se siente en varios pasajes de Mandelstam, quien aceptó también vivir su vida con "el montón y el rebaño", pero al mismo tiempo luchando por el derecho de "la boca humana, sofocada y cálida, que se indigna y dice NO".

Sviatopolk-Mirski vivió su destino como lo eligió, "con el montón y el rebaño". Volvió porque creyó, como creyó todo un pueblo, en la misión histórica de Rusia. Tuvo que desengañarse de un modo cruel e "inesperado" (Saborit), sobre todo en los medios empleados, y del poder que canalizaba esta aspiración de superioridad rusa, inexplicable para el exterior pero presente en la cultura rusa aun en su actual autoodio o autodenigración. Como dijo otro gran poeta ruso, Tiutchev: "No se entiende con la razón a Rusia. No se la mide con la común medida.

Su paso y porte es singular. Sólo se puede creer en Rusia." Y otra cosa: la fe implícita en la justicia social para todos, el pudor por los privilegios heredados, no ganados, sin duda componían la mejor parte del alma de Sviatopolk-Mirski (y en eso no se parece en nada a los resentidos héroes de Dostoievski), que dice de Chéjov: "su salud moral era como una censura al sistema social y cultural contemporáneo, en el cual el hombre no significa nada para el hombre, el trabajador es un esclavo del que no trabaja, a quien se le habla de tú y sólo es visto como medio". Víctima de una "rebelión rusa, absurda e implacable" (Pushkin), Sviatopolk-Mirski murió devorado por las entrañas insaciables de un país rebelado, pero luego atrapado y encadenado, país que sólo ahora empieza a percatarse de que la herencia—intelectual, cultural, incluso biológica— es algo que no puede desperdiciarse impunemente. Ahora dicen que el fondo genético de la nación está socavado irremediablemente. El futuro mostrará hasta qué punto puede ser cierto semejante pronóstico. Pero la cultura rusa vuelve a su cauce reseco reintegra-

da, si bien las recuperaciones completas son imposibles, y hay pérdidas irremediables.

Ahora, vinculado al destino de Eisenstein, Sviatopolk-Mirski arriba a México para hablar de su tema favorito: la gran literatura rusa, y lo hace tratando de adoptar una visión desde el exterior, de manera que es de esperarse que el nuevo lector mexicano regrese, bajo su influencia, a las páginas de esa literatura.

La mirada panóptica que uno puede permitirse echar sobre el pasado desde la privilegiada posición del final de muchos caminos y del lugar donde se pagan las cuentas históricas, revela en Sviatopolk-Mirski no sólo un personaje fascinante y un intelectual consciente, un historiador de arte literario y un literato notable, sino también una especie de encrucijada viviente, donde las verdades históricas se confrontan y estallan, donde surgen los vínculos que convierten los hechos de una cultura nacional en universales, y donde un sujeto cobra sentido a la luz de sus relaciones, directas o virtuales, textuales o históricas, con los otros. Así veo la presencia de Sviatopolk-Mirski en México.



26. José Salomé Pina (1830-1909), *La visita de Carlota*, 1866, óleo sobre tela, Colección particular, México.